

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

El Quinto Domingo de Cuaresma, el penúltimo antes del glorioso Triduo Pascual y el Domingo de la Resurrección del Señor, está aquí y contiene una gran cantidad de material para nuestra asimilación.

El Quinto Domingo de Cuaresma marca el comienzo de la temporada una vez llamada "*Tiempo de Pasión*" que incluye la Quinta y Sexta Semana (Semana Santa) de Cuaresma. En las diócesis de los Estados Unidos, como en gran parte del mundo, se observa con frecuencia la práctica de cubrir cruces e imágenes en toda la iglesia hasta la Vigilia Pascual. Además, los Prefacios I y II de la Pasión del Señor se usan en las misas diarias a partir de ahora hasta el Jueves Santo. La sobriedad de todos estos signos y oraciones sirven para elevar nuestra conciencia de que el propósito y el destino de nuestra observancia cuaresmal está sobre nosotros, y cuando el domingo de *Laetare* nos impulsó a reconocer la alegría máxima que produce este destino, la sobriedad del "*Tiempo de Pasión*" nos impulsa a prepararnos para esta alegría a través de un deseo más intenso de: conversión, horror por nuestros pecados y devoción al Dios que nos salva a través del sufrimiento.

Además, el Quinto Domingo de Cuaresma normalmente marca el tercer y último escrutinio en preparación para el Bautismo de los catecúmenos que serán admitidos en los sacramentos de la iniciación cristiana en la Vigilia Pascual. Obviamente, las cosas están fuera de lugar este año, pero cada vez que se celebran los Escrutinios son una convocatoria intensa a la conversión y la oración de exorcismo sobre los catecúmenos para que estén aún más preparados espiritualmente para su metamorfosis en la Iniciación Cristiana. En algún momento durante la Quinta Semana de Cuaresma, en una liturgia especial, los catecúmenos reciben formalmente el "Padre Nuestro", es decir, la Iglesia les confía formalmente esta Oración del Señor, la recapitulación del Evangelio, en preparación para el Triduo.

Mucho está ocurriendo en esta Quinta Semana de Cuaresma, y tal es el caso también en el Evangelio dominical. La Resurrección de Lázaro, junto con los relatos evangélicos de la mujer Samaritana en el pozo de Jacob y la curación del hombre que nació ciego, constituye la tercera parte de las lecturas del Evangelio del domingo de Cuaresma del Ciclo A que tienen como foco principal y tema el bautismo en Cristo. Los diálogos y *señales* (la palabra teológicamente cargada que San Juan usa para describir los milagros de Cristo) de estos evangelios sacramentalmente se aclaran para nosotros lo que el Señor tiene en la intención para alcanzar la perfección a través de su Pasión, Muerte y Resurrección. ¿Qué nos dan la fe y el bautismo en Cristo? En primer lugar, traen una conciencia de nuestros deseos, nuestra maldad, y nuestra hambre de Dios (Evangelio del Tercer Domingo). En segundo lugar, provocan una nueva creación dentro de nosotros, una curación de la ceguera espiritual, y una iluminación con la Verdad (Evangelio del Cuarto Domingo). En tercer lugar, traen la vida eterna (Evangelio del Quinto Domingo)

Al igual que todo el Evangelio de Juan, la lectura del evangelio de hoy emana un lenguaje teológico y un simbolismo rarificados. Las palabras, las acciones, el tiempo, el lugar y el número de todo y de todos son altamente cargados y significativos. Uno de estos elementos en los que me gustaría centrarme es el número *cuatro*. Sabemos que Lázaro estaba enfermo.

Cristo fue notificado de este hecho, pero a diferencia del caso del hijo del funcionario real (cf. Jn 4, 43-54), a quien Cristo curó inmediatamente al ser notificado de su enfermedad, aparentemente Cristo no hace nada... por dos días. No es sino hasta el tercer día (el cardenal Ratzinger señala en una obra que, en el Antiguo Testamento, el tercer día es el día de la teofanía, el encuentro con Dios) que Cristo anuncia su plan para arriesgar su vida, regresar a Judea y despertar a Lázaro para que puedan creer.

Cuando Cristo y los Apóstoles llegaron a Betania, Lázaro había muerto desde hace cuatro días. Si bien el número *cuatro* puede no traernos ningún tipo de connotación negativa (después de todo, hay Cuatro Evangelios, Cuatro Marcas de la Iglesia, etc.) en el caso de Lázaro, cuatro no es un número bonito. Si tres es el número que nos lleva a un encuentro con Dios, con cuatro algo ha salido mal. Nos hemos perdido la meta. Hemos pecado. San Agustín, en su comentario sobre este pasaje de Juan, señala que Lázaro, si bien su enfermedad y muerte ciertamente cosecharon nuestro dolor y simpatía, fue un pecador. De hecho, para Agustín los cuatro días de Lázaro pudriéndose en la tumba son un símbolo de la maldad cuadruplicada de la humanidad: el pecado original, pecados contra la Ley Natural, pecados contra la Ley Mosaica (la Antigua Alianza), y pecados contra el Evangelio (la Nueva Alianza). La insistencia de San Agustín en el estado de Lázaro como pecador y este sentimiento cuádruple del pecado influirá en varios Prefacios Eucarísticos antiguos que servirán de base para el Prefacio que usamos para la Quinta Semana de la Cuaresma.

Si bien esta insistencia en el estado de Lázaro como pecador puede parecer inicialmente fuera del tema, la relevancia de esto San Agustín lo expone aún más cuando hace otra observación crítica: cuántas veces se menciona el amor de Jesús por Lázaro.

*Alguien puede decir: "¿Cómo puede Lázaro ser un símbolo del pecador y, sin embargo, ser tan amado por el Señor?" ¿Que el interrogador escuche al Señor: "No vine a llamar a justos, sino a pecadores"! Si Dios no amara a los pecadores, no habría venido a la tierra.*

*Al enterarse de la enfermedad de Lázaro, Jesús dijo: "Esta enfermedad no es hasta la muerte; es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios pueda ser glorificado por medio de ella". Tal glorificación del Hijo de Dios realmente no aumentó su gloria, pero fue útil para nosotros. Él dice, entonces, "Esta enfermedad no es hasta la muerte". La razón es que incluso la muerte de Lázaro no fue hasta la muerte, sino que sucedió por el bien del milagro, cuya realización llevaría a los hombres a creer en Cristo y evitar así la muerte real. Considere aquí cómo el Señor indirectamente se llama a sí mismo Dios, teniendo en cuenta a aquellos que niegan que él es Dios.*

La enfermedad y la muerte de Lázaro no son causadas por los pecados personales de su familia ni más que la ceguera del mendigo (Evangelio del Cuarto Domingo) fue causada por los pecados personales de su familia. Sin embargo, Lázaro era un pecador. Lázaro nació con el pecado original. Como consecuencia de esto último, Lázaro estaba sujeto a todos los efectos del pecado original, incluidas la enfermedad y la muerte, y como consecuencia de sus pecados personales, necesitaba especialmente la liberación. ¿Por qué Cristo permite que Lázaro, y sus parientes y amigos en ese caso, pasen por todo esto? ¿No está lejos de nuestras mentes esa

misma observación de Marta y María: Señor, si hubieras estado aquí, esto no habría sucedido? ¿Porqué no estabas aquí?

La respuesta de Cristo a esta pregunta es clara y manifiesta: estoy contigo en tu sufrimiento. Yo lloro contigo Sé de tu pérdida por Lázaro que fue mi amigo. Como Adrien Nocent, OSB, señala: Si San Ireneo de Lyon es correcto y la gloria de Dios es el hombre completamente vivo, entonces la Creación no puede glorificar completamente a Dios hasta que la Criatura haya sido restaurada a la vida plena. Sin embargo, la destrucción del pecado y la muerte, los últimos impedimentos entre la humanidad y Dios no pueden ser abolidos sin una cura sobria y seria. El Señor que plantea a Lázaro como la séptima y última *señal* antes de su propia conquista definitiva de la Muerte, no revela este signo de distanciarse de nosotros, sino que se acerca y sufre con nosotros. El que está sin pecado sufriendo por el pecador.

Nuestras propias luchas en estos días ponen a prueba nuestra fe en la presencia permanente del Señor y Su poder sobre la muerte. El aparente fracaso del Señor para responder nuestras oraciones en la manera o el tiempo en que pensamos que debería responderlas puede llevarnos a la falsa conclusión de que deberíamos menguar nuestras oraciones o que nuestra fe no es "un asunto esencial" después de todo. Sin embargo, espero que podamos sacar por lo menos dos frutos de la poderosa señal de Cristo en el Evangelio de esta semana. Primero, somos pecadores y que cualquier dificultad que debemos soportar ahora, a la luz de las ofensas que hemos cometido contra Dios, es una forma de hacer penitencia por nuestros pecados que, en última instancia, solo son remitidos por la Pascua de Cristo. En segundo lugar, estas mismas dificultades no terminan en última instancia con la muerte y la aniquilación. Cristo ha conquistado el pecado. Cristo ha destruido a la muerte. La vida eterna no es tanto un evento o una teoría, es una Persona: Jesucristo. Cuanto más vivimos en él en estos días, menos tenemos que temer y más tenemos que ganar.

Fr. Richard Hinkley